A la Biblioteca de la Facultad de Derecho

AL CONGRESO CATOLICO DE BURGOS

DISCURSO

EL SIGLO XIX

ANTE LA RELIGION CATOLICA

POR EL DOCTOR

DON FRANCISCO DE CASSO Y FERNÁNDEZ

CATEDRÁTICO DE DERECHO

DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA



SEVILLA

Escuela Tipográfica Salesiana

1899

EL SIGLO XIX

ANTE LA RELIGIÓN CATÓLICA

AL CONGRESO CATOLICO DE BURGOS

DISCURSO

EL SIGLO XIX

ANTE LA RELIGION CATOLICA

POR EL DOCTOR

DON FRANCISCO DE CASSO Y FERNÁNDEZ

CATEDRÁTICO DE DERECHO

DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA



SEVILLA

Escuela Tipográfica Salesiana

1899

In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.
Fides, ratio itaque unum.
SAN AGUSTÍN.

Asistimos, Emmos., Excmos. y Rvmos. Señores, á los últimos instantes del Siglo actual, y ¡qué momentos para el Católico Español! Como Católicos presenciamos el cerco, que con sin igual fiereza é impetuosa saña tienen puesto la malicia, el error, el egoísmo, la ignorancia y las concupiscencias de la bestia contra nuestra Augusta Madre, la Santa Iglesia, solazándose con sonrisa infernal ante el espectáculo de soledad y abandono en que la dejan, cuando no la vejan y maltratan, todas las potestades de la tierra: como Españoles, ¡ah! como españoles sólo sabemos que aun permanecemos mudos de estu-

por y espanto, con fuego en el cerebro, mortal quietismo en el corazón y anhelosa angustia en el alma, como gigante contra el que se confabulan sus enemigos, y tras adormecerle y extenuarle día por día, le arremeten por la espalda y le derriban, pisotean y desangran con el herir de mil y mil harpones, que desgarran y cercenan los miembros de su cuerpo, dejando escueto el tronco como haz de mortales despojos, que aun pueda repartirse quien tenga crueldad é impío arrojo bastantes para ensañarse en la mutilada víctima, rasgar su jadeante pecho y arrancarle el corazón, repartiéndolo luego cual botín de la más impía, brutal y sacrílega muerte que registra la historia.

¡Ah, Burgaleses! Bien haya este Congreso que en Ciudad de tan altos prestigios y preclaros hechos para la Nacionalidad Española, se celebra en estos momentos; porque así como en pasadas centurias aquí, en celebérrimas y sesudas Cortes Castellanas, sellóse, en parte, la Constitución y unidad políticas de la Patria, tras el rudo guerrear de memorabilísimas batallas, que constituyen brillantes páginas del triunfo de la Civilización Cristiana sobre el pujante fanatismo Islámico, así también hoy, en que la Iglesia Católica y su hija predilecta, la Patria Española, experimentan vértigos de terrible angustia, podrán salir de este recinto grandes y generosos alientos y disciplinada falange de campeones, que vuelvan por los fue-

ros de Dios é inicien la verdadera regeneración de nuestra, ¿por qué no decirlo?, inmortal España.

Sí, Sres.; oportunísima resulta la reunión de esta Asamblea en estos días y en esta nobilísima Ciudad: dentro de muy poco se habrá de inaugurar en la que hasta ha muy escaso tiempo blasonaba de ser la capital de Europa la gran fiesta de las conquistas materiales de nuestro Siglo; nosotros, adelantándonos al fin de este, hacemos preceder este Congreso, asociándonos en la Ciudad, prototipo de la cristiana hidalguía y católica nobleza de nuestra España, para rendir público y solemne homenaje á Jesucristo, que á pesar de la persecución fiera, iniciada por aquel satánico grito «aplastar al infame» y desarrollada con la tenacidad del beodo, la astucia del cobarde y la saña del loco durante toda esta centuria, mantiénese reinando sobre las cabezas de sus detractores y siendo el corazón de todos los creyentes, sin distinción de razas, latitudes ni climas, constituyendo la savia vivificadora de nuestra Patria, que resucitará y se restaurará por su divino y soberano impulso, y siendo para la humanidad entera el centro del mundo moral, cuya atracción experimentan los confesores de Cristo con embeleso de mística unión, y del que triste y misérrimamente queda distanciado, pero sometido siempre á su órbita y energía de acción, el blasfemo, que traicionan-

do los dictados de la conciencia, en que se refleja siempre y subsiste como lastre providencial la presencia de Dios y el imperio de su Ley, revuélvese protervamente contra su único Bien.

Remeda este Congreso pequeña navecilla que aparece en el límite del horizonte, siguiendo ¡quién sabe si aun con mejor fortuna que las que le precedieron su ruta en dilatadísimo mar, resistiendo el embate y cortando con su quilla el incesante azote de embravecidas olas El mar es la vida, la existencia, la humanidad; el horizonte, á que confina la mirada es el Siglo en que hemos nacido y que va á dejar paso, aunque aparentemente remeda cerrarlo, á la ignota cuanto maravillosa y abrumadora sucesión del tiempo; la tan audaz como velera barca es la misma, cuyo arribo enjugó las lágrimas de expectación de la mitad del linage humano, y que á partir del advenimiento de Cristo viene viendo la otra mitad flotar y navegar gallardamente, con rumbo, jamás perdido ni dejado á pesar de los grandes peligros que le salen al paso y del corso que sufre de brutales piratas, hacia el Puerto de la Eternidad, donde habrá de ser transformada en Alcázar de las Celestiales Bienaventuranzas; es la barquilla de Pedro, bien que llevando ahora como centinelas de guardia, entre la gente de á bordo, á las órdenes del mismo invariable Piloto, cuya diestra jamás languidece en la firme tenencia y manejo del timón, al Episcopado y á los bue-

nos y tan buenos como honrados católicos españoles, que, cumpliendo con honor, cual lo hicieron y harán siempre, su turno, apréstanse á amarrar los cabos, reforzar las jarcias, abrir el velamen, fijar la sonda, medir los nudos de corredera y, á ser posible, vigorizar la marcha, á fin de cooperar eficazmente, con la energía del marino que tiene fe en Dios, confianza en su bajel y ardor y constancia en su ánimo, á que rinda el viaje, dominando valerosamente las tormentas y los huracanes de la borrasca, como desde el instante mismo de ser botada á las aguas de la contradicción, en el golfo de las humanas discordias, le aseguró la más grande, la más hermosa, indefectible y magnífica de las promesas.

Inmerecida honra es para mí tener plaza, aunque último marinero del equipaje total de la nave, en este retén al cual toca estar de zafarrancho de combate; y aunque el servicio que me ha sido ordenado excede no á mi valor, sí á mi pobrísima pericia, entro, sin vacilación ni desconfianza ni tibieza, á cumplir con él, y procuraré desempeñarlo con toda la plenitud de que sea capaz; y lo que es más, atrévome á decir que creo aportaré siquiera un grano de arena para la obra que nos congrega de la defensa de la Iglesia, despertamiento y concentración de la conciencia católica nacional, y uniformidad de disciplina social de los católicos españoles, bajo la dirección y guarda de sus

Obispos, aunados todos juntamente con estos en apretado é indisoluble haz por los vínculos que emanan de la intención del Pontífice, para procurar levantar formidable dique contra la descatolización de nuestra Patria, ¡qué á tales trances ha llegado!, y procurar que Cristo impere de nuevo no sólo en sus instituciones de derecho público y privado, sino en sus costumbres, en su espíritu y en su vida; en el contenido entero del desarrollo de su historia. Tales resolución y confianza no surgen de personal alarde; provienen de que trabajo por obediencia á mandato de quien, siendo mi Pastor, tiene autoridad perfecta sobre mí; con el alma fortalecida por la oración á quien es fuente de Sabiduría; y abiertos los sentidos y el afecto á las inspiraciones de amor del Sagrado Corazón de nuestro benignísimo Jesús y de su bendita Madre, la Virginal é Inmaculada Reina de los Cielos y Patrona de las Españas, la sin par María, en la confianza de que habrá de enderezar este trabajo para que ceda á mayor gloria de Dios y bien de nuestra desventurada Patria.

Contando, pues, Emmos., Excmos. y Reverendísimos Sres. y Católico auditorio con vuestra benevolencia, entro sin más preámbulo en materia.

EL SIGLO XIX
ANTE LA RELIGION CATOLICA

He ahí el tema que me toca desenvolver, entre los propuestos para estos discursos. Y á la verdad, que la enorme magnitud del asunto reclama para abarcarlo en el estrecho molde de una disertación tal esfuerzo de síntesis, que no á la pequeñez de mi inteligencia, sino á la vista de águila de vuestra vasta cultura abandono el agrupar en una potentísima ojeada el cuadro de colosales dimensiones, que se representa ante la imaginación con sólo formular ese enunciado; por cuanto que abarca el proceso entero del hecho histórico de nuestro siglo en la lucha legada por la pasada centuria y mantenida en la nuestra, con sañudo encarnizamiento, de parte de la Ciencia contra la Revelación; de la Anarquía mansa ó fiera contra la Autoridad; de la Fuerza contra el Derecho; del Individualismo cesarista, despótico y absorbente del Estado contra la libertad cristiana de los Ciudadanos y la personalidad moral, económica, jurídica y social de la Iglesia; del Materialismo,

que asigna al hombre por progenie la selección animal y por término la satisfacción de sus apetitos, condenándole, por ello, á perpetua guerra, como ley de su existencia, contra el Espiritualismo cristiano que declara al hombre hijo de Dios y heredero de su gloria, cuya posesión le asegura como premio de la caridad y justicia de su vida; del Naturalismo que erige en arquetipos de Verdad y de Belleza los estímulos de la sensualidad, el ímpetu de la soberbia ó los halagos de la codicia, que corroen toda virtud en el alma, contra el idealismo cristiano que ennoblece la realidad de cuanto existe por la acción vivificante del Creador, que conserva la substancia y mantiene el Orden del Universo, y cuya Providencia secundada por la conformidad y cooperación ó sobrepuesta á la resistencia de la criatura, determina la acción y reacción continuas, que modelan el ritmo de la libertad humana concertando con la misteriosa clave de la predestinación, cuyo maravilloso enlace engendra la hermosura de la santidad y los sublimes conceptos de lo bueno, de lo justo y de lo bello; de la rebeldía satánica, en fin, de la Razón frente á la Fe, para decirlo en una frase, contra el obsequio debido por ley de su misma naturaleza á la Fe por la Razón.

No: desarrollar el cilindro, en que por la acción percusoria y rotativa del tiempo constan impresionados los clamores y resonancias del combate social-religioso de nuestro siglo, es

empresa digna de acometerse y de que sea realizada; pero que demanda, para llevarla á cima con provecho, no una sino varias y muy extensas audiciones y un fonógrafo de mayor capacidad retentiva que la que alcanza mi poco sutil ingenio. Mas, por fortuna, tratándose de un auditorio como el que me escucha, no es precisa esa exposición; porque nada nuevo habría de oir que antes y por mejor órgano de información no conozca. Así, pues, creo acomodarme á las circunstancias de lugar, personas y momento en que hablo y, á la vez, interpretar rectamente el propósito á que tiende la adopción del tema señalado á mi discurso, dando por expuestos los hechos, que para ninguno de los que nos congregamos bajo estas bóvedas son ignorados, consignando, á modo de consecuencia de la demostración que de ellos habría de deducirse, la tesis, cuya confirmación ha de comprender el cuerpo de esta oración; y asentando, por vía de epílogo, la conclusión que deba establecerse como regla de sentido práctico y norma de conducta del verdadero católico en el instante actual, fin de inmediata aplicación y relevante utilidad, que yo considero de primordial interés en este género de trabajos.

Supuestos tales antecedentes y precisado por ellos el campo, objeto y finalidad de la especulación á que con sobriedad suma vamos á entregarnos, he aquí el esquema del discurso:

El siglo XIX es radicalmente anticristiano y ateo.

El ateísmo es la negación del orden biológico universal y especialmente de la libertad humana, sin la que el hombre (sociedad ó individuo) *en vez de ser perfectible por acto de su propia conciencia y voluntaria determinación, queda sometido, como bestia* (la gran bestia apocalíptica), *á la brutalidad del instinto y al fatalismo de la materia* (de la que se hace idéntico como substancia y distinto no más que fenomenalmente, como prototipo, especie ó individuo de selección proveniente de la energía embriogeneria que radica en la materia misma).

De cuyas proposiciones, que sintetizan el estado actual científico y social, como que son los enunciados de la Nueva Religión, de la Nueva Moral, de la Nueva Ciencia ó Filosofía, de los Nuevos Horizontes del Derecho, de los Fundamentos de Política y Principios de Sociología (con otras muchas más rúbricas que pudieran anotarse), se sigue que *el hombre y la Sociedad,* fin de siècle *han retrogradado á las mismas aberraciones del mundo pagano,* (aun excediéndolas en la concepción materialista de la Naturaleza, de la Humanidad, del Universo, de Dios y de la Vida). *Por lo que se impone una vigorosa reacción á favor del Reino de Dios y su Justicia, que dé por resultado la dignificación humana, la defensa de la sociedad según el orden provi-*

dencial cristiano, y la restauración de todas las cosas en Cristo.

Paráfrasis no más de esta conclusión, calcada en la confirmación de las dos premisas en que se funda, por el testimonio del movimiento científico, político y social en nuestro siglo, bien que únicamente aducido en lo principal y necesario, es este discurso. Intentaré, pues, desarrollarla con sujeción á los tres puntos propuestos.

I

Afirmó el gran filósofo de la *Monadología* como ley orgánica del Universo la continuidad y correlación de las substancias en la composición de la naturaleza; otro, no menos célebre, trazó en su *Trilagia* el orden de generación de cuanto abarca el mundo de *la Idea;* y el sistematizador del *Transformismo* en nuestros días, así como el denominado metafísico del Positivismo moderno, han asentado *la evolución* como *proceso del hecho cosmológico y antropológico* universal, que es el contenido de la Historia y, á la verdad, que no pudiéndose ni habiendo para que dudar de que ese orden se ajusta, como regla formal, á la generación correlativa y enlace de las substancias lo mismo que á la serie lógica y providencial de la vida humana, podría aducirse, cual su demostración más convinente, el encadenamiento que existe entre el estado filosófico-político-social presente y el que se inició con aquella injerción del virus pagano en la conciencia cristiana, que constituye el fondo dejado como lastre de contradicción á las generaciones venideras por el Renacimiento. Quiso Dios abandonar el

mundo á las disputas de los hombres, sanción la más alta que el libre albedrío pudiera alcanzar; y la lucha entre el materialismo y el espiritualismo había de abarcar toda la labor de la voluntad y de la inteligencia desde que, hecho cristiano el mundo por la Redención, afirmados sus efectos por el enorme trabajo de XII siglos, próximo á quedar vencido en todas las líneas de combate religioso, científico y político el poder arábigo, resurgió como cuerpo, en que encarnara el alma de la Edad media, la construcción total de la civilización pagana; y sabido es que primeramente se paganizaron las letras con Petrarca, Boccacio, Nebrija, Besarión, Huttem, aun el mismo Erasmo y los colaboradores de las *Epistolæ obscurorum virorum*; seguidamente, de manera embozada ó manifiesta, la religión con Bembo, Crotus, Eobanus y cuantos les eran afines en preferir la lectura de Cicerón, Platón y Aristóteles á la de San Pablo y Evangelistas (*«neglecta Scriptura Sancta»* en frase con que juzga su proceder Melchor Cano); muy luego la filosofía con Pomponazzi, Cremonini, Porta, Machiavelli, Vanini, Bruno, surgiendo inmediatamente, como consecuencia y expansión de las energías anticatólicas acumuladas, el Protestantismo; que tras implantar á costa de sangrientas luchas la anarquía en el orden religioso, el naturalismo en moral, la duda reflexiva, nominalista, escéptica, ideológica, panteísta y atea en filosofía,

el individualismo económico, con todos sus desquilibrios y enormes abusos y dilapidaciones, y el absolutismo cesarista, tiránico, absorbente, dilapidador, hipócrita y cruel del Estado, provocó, á partir de la segunda mitad del Siglo XVII, la lucha político-social, bárbara y sin tregua, de nuestros días.

Basta dirigir una rápida ojeada á la historia de la filosofía, puesto que esta es el cerebro y la médula del organismo social y en sus doctrinas, tendencias y orientaciones se concentra el movimiento humano en todos los órdenes de la vida, para apreciar la exactitud de esa filiación de cuanto constituye el *Credo* de nuestro siglo, transcendente con irresistible fuerza á los hechos, que ya se dibujan, dolorosísimos los unos con insondable malicia, consoladores los otros con bien fundadas esperanzas, para el porvenir.

Tocó á Giordano Bruno la triste celebridad de ser el que, á mediados del siglo XVI, se colocó en abierta oposición contra la Iglesia y la doctrina Católica, renegando de toda Religión positiva y definiendo, sobre la base de las ideas pitagóricas y platónicas y bajo determinadas influencias de Raimundo Lulio, el panteísmo, que, cual observa Lefevre, juega un papel tan preponderante en la Filosofía moderna. A la par que el apóstata y errante calvinista escribía «De la Causa», «Del Infinito» y «De Monade», Bacón de Verulam, aunque manteniéndose con firmeza, como filósofo, en el terreno católico,

mal que pese á los que siniestramente con evidente falsedad sostienen ó insinúan lo contrario, de cuya ortodoxia atestigua inequívocamente su doctrina acerca del conocimiento de Dios, de sus atributos y de la Creación, cuando, después de adaptar por completo sus pensamientos á la Teodicea y Cosmogenia cristianas, consigna su famoso aserto «Una filosofía superficial inclina al ateísmo; pero la profunda filosofía conduce al conocimiento de Dios», y su declaración terminante acerca de la necesidad de la revelación para conocer el alma racional, criticó el método *apriorístico* y escolástico y, preconizando las excelencias de las ciencias físicas y de la inducción, dejó echadas en su «Novum Órganum», bien que se haya exagerado su mérito, las bases del método experimental, según lo propone y practica hoy el Positivismo. Casi en los mismos días, Campanella, tan injustamente tildado por Teófilo Raynauld de «*ignorantissimus*» y á quien con buen acuerdo califica el cardenal Palavicini «*vir qui omnia legerat, prævalidi ingenii*», á la vez que arremete calurosamente contra los exagerados entusiasmos del Renacimiento por Platón y Aristóteles y anatematiza el «*jurare in verba magistris*», inicia, como dice muy bien nuestro Fray Zeferino González, el movimiento crítico en su teoría teológico-cósmica de las *tres primalidades*, aunque defendiendo y acatando á Santo Tomás como verdadero sabio cristiano; y Des-

cartes, apellidado padre y fundador de la filosofía moderna, sintetiza las lucubraciones de esos tres y de los filósofos griegos, bien que afectando pretenciosamente desconocerlos, y deja sembrada y arraigada, en condiciones de rápido crecimiento, la semilla del racionalismo con su principio de la «duda universal» y «método de evidencia» por acto del pensamiento libre del más leve influjo del criterio de autoridad y, por tanto, en contraposición y con menosprecio de la Filosofía tradicional cristiana.

Así como en los actuales instantes ha sido considerado Helbert Spenzer el metafísico del Positivismo materialista, así puede asignarse á Descartes el carácter de metodista filosófico del Protestantismo; y fácil es comprender que, reunidas en un mismo canal las corrientes religiosa y científica, para socavar el edificio de la Revelación y de la inmanencia de la Verdad en la Iglesia Católica, bien pronto habría de despeñarse como torrente y extenderse, por todo el campo de la ciencia, inundándolo en toda su extensión, bifurcándose por todas las sinuosidades de la incredulidad, del orgullo y la fantasía, y aun los involuntarios pero irremediables extravíos de la mente, abandonada á sus propias fuerzas para penetrar en el arcano de la Sabiduría, y depositando en el fondo de la sociedad el légamo de una falsa conciencia, que había de arrastrar á los pue-

bíos al escepticismo materialista, panteísta y ateo, seno fatal donde se elabora y brilla el rayo de las catástrofes que registra la historia.

Con efecto: de una parte el ocasionalismo dubitativo de la Forge, el ético-panteísta de Guelincx, y el oportunista de Mallebranche; (idealistas) de otras el panteísmo escéptico *(natura naturans-naturata)* de Spinoza, primer dogmatizador del liberalismo político de nuestros tiempos, que por vez primera planteó Bruno, y Locke, el autor del «Tratado de las sensaciones» desenvolviendo su doctrina absolutamente materialista, padecieron y desparramaron el virus del nominalismo y ateísmo de la filosofía del libre examen, no obstante los esfuerzos de Pascal, de Bossuet, Fenelon, y de la potente construcción metafísica de Leibnitz para evitarlo, al punto de fracasar, cual sabido es, las tentativas del Obispo de Meaux para traer á términos de avenencia á protestantes y católicos, y el pensamiento del gran filósofo-teólogo-historiador y jurisconsulto de echar por tierra las erróneas y funestísimas direcciones cartesianas, que muy, por el contrario, hirieron, traicioneramente su alma, al punto de dejar abierto con su sistema monadológico el abismo evolucionista de Herbart y el nirvanismo del autor de la «Filosofía de lo Inconsciente», en que sucumbe la libertad humana y se cierra el paso á toda inteligencia posible entre la heterodoxia de la concepción de la voluntad anonadada (Hart-

mann) ó sometida al fatalismo optimista (Descartes) ó pesimista (Schopenauer) de su fenomenalidad y transformación y la tesis espiritual cristiana.

Llegaron los días de la Enciclopedia, de Rousseau, Diderot, D' Alembert, Voltaire, La Metrie, Helvetius, Saint-Lambert, Montesquieu; y arrollando al sentimentalismo de Berkeley y al escolasticismo enriquecido con maravillosa erudición, de que se aprovecharon Buffon y otros naturalistas, del P. Kircher, el psicologismo experimental de la Escuela Escocesa y el escepticismo crítico de Hume, quedaron echados los jalones del período universalmente ideológico-panteísta y materialista-ateo que personifican Kant, Fichte, Hegel y Krausse, en cuanto á la tendencia ideológica; y Compte, Litré y Darwing en la dirección llamada positiva; recorriendo así la humanidad, en brevísimo espacio de tiempo, desde el panteísmo absoluto de Schelling hasta el materialismo antropológico de Häckel, el materialismo orgánico de Büchner, el ateísmo brutal de Löwenthal y el socialismo y anarquismo de Lassalle y Bakounine.

«La idea de Dios no tiene más fundamento que el vano temor y la ignorancia de las causas de los fenómenos de la naturaleza»; «el hombre es un mero organismo y lo que se llama inteligencia no es más que la resultante de los fenómenos orgánicos;» «el origen de la socie-

dad procede de un mero contrato de los asociados, que así fijan sus obligaciones y derechos» ha dicho Büchner en su «*Fuerza y Materia*», «*Naturaleza y Espíritu*», «*El hombre según la Ciencia*»; «el cristianismo es la Religión más perfecta, exclama con satánico sarcasmo Mainländer en su «*Filosofía de la liberación*» porque enseña la muerte de Dios», y sustenta que «el ateísmo es la base y el principio esencial para obtener la verdadera liberación»: Strauss intitula su diatriba á la ciencia Católica y ensayo de conciliación del darwinismo y panteísmo, «la Antigua y la Nueva Fe», cual poco antes proclamó un mito y vana alegoría el principio de lo sobrenatural, el dogma de la Redención, la fundación de la Iglesia y la predicación de los Evangelios en su escandalosa «Vida de Jesús»: Settembrini ataca virulentamente al Catolicismo en sus «Lecciones de Literatura italiana,» y Bakounine en su «*Dios y el Estado*» llama «fantasma» á Dios, que «si existiera sería menester suprimir», dice parodiando la frase de Voltaire, y concluye afirmando que «contra el mal de las creencias religiosas no hay más que un remedio; la Revolución social.»

He ahí retratada la fe de nuestro siglo: paréceme probada con evidencia la primera proposición: *El Siglo XIX es esencialmente anticatólico y ateo*: paso á demostrar con igual precisión y brevedad la segunda.

II

A pesar de su deísmo ó cristianismo racionalista y naturalista, decía Locke: «si desaparece la creencia de Dios no se podrán establecer sino desórdenes y confusión general.» J. J. Rousseau en su *Contrato social*, siguiendo en esto como en todo lo capital de su sistema al filósofo inglés, sanciona y vigoriza esa declaración, estableciendo «que los que reconocen la existencia de Dios, el dogma de la vida futura y otros análogos, y se conducen como si no los creyeran deben ser condenados á muerte»: «*qui se conduit comme ne les croyant pas, qu'il soit puni de mort.*»

Dios es causa, principio, fundamento y fin de cuanto existe en el cielo, en la tierra, en los abismos: Él, por su infinita bondad y ávido de comunicar á la criatura su beatitud, realiza por acto libérrimo de su propia esencia la Creación; complácese y vive en ella, en cuanto que la conserva, lo que equivale á crearla incesantemente sin tregua de su actividad; así como Dios ama á su criatura, y actúa próvida y constantemente sobre ella, de tal modo que puede decirse que es el objeto de la operación divina, así toda

criatura, materia ó espíritu, piedra ó árbol, tierra ú hombre, tienden á Dios como á su término natural y necesario, arrastrados fatalmente unos seres por la intensidad atractiva de la energía que les comunicó el ser y es el principio de su substancia, libremente atraídos é impulsados los otros por aspiración irresistible de su propia esencia á recrearse en la contemplación y, á ser posible, participar de las soberanas perfecciones de su Hacedor; resultando de esa existencia de la materia *fuera* del Creador, permaneciendo, en cuanto puede, á perpetuidad, y de la acción de este que genera y preside su existencia; de la conciencia que la criatura racional alcanza de su propio ser y del amor á su vida, que la presencia y casi dominación del Universo le produce, y la Omnipotencia divina que le somete y ajusta al orden de su Voluntad, atrayéndole á sí para comunicarle el don de sus eternales venturas, el admirable concierto de la gravitación providencial, por la que la criatura tiende á subir á Dios, para conocerle, amarle, servirle, y poseerle con la integridad de su ser, y Dios desciende á la criatura para animar su substancia y recrearse en el harmónico desarrollo de fuerza, movimiento, luz, multiplicidad de géneros y de especies, de irradiaciones de las almas y cruzamiento de órbitas y enlace de mundos que constituye la vida de la naturaleza.

«Todo ser es una manifestación de Dios y

gravita hacia Dios,» dice Moret; y aun mejor lo enseña el Doctor Angélico con su intuición celestial y claridad inimitable, escribiendo en su Summa: «Omnia appetunt Deum ut finem; appetendo quodcumque bonum, sive appetitu intelligibili, sive sensibili, sive naturali, qui est sine cognitione; quia nihil habet rationem boni et appetibilis, nisi secundum quod participat Dei similitudinem»; que traducido en romance castellano, expresa: Todas las cosas desean á Dios como á su fin; buscando cuanto es bueno ó con apetito racional ó sensitivo ó meramente natural, la que no es dotada de conocimiento; porque nada tiene razón de ser bueno y apetecible sino en cuanto que participa de Dios, á su semejanza».

Lo que vale tanto como argüir en estos términos:—Quitad á Dios, y quedará negado el orden biológico universal; que es el primer aserto de la segunda proposición.

* * *

Otro tanto acontece con el libre albedrío ó libertad humana.

«Señor, exclamaba San Agustín, haz que te conozca para que conociéndote te ame; amándote te busque; para que buscándote te halle; y hallándote quede unido á tí y sea eternamente feliz.» He ahí la razón, el fundamento y fin del

libre albedrío: el conocimiento de Dios, el amor á Dios; la aspiración á gozar de su perfección y belleza absolutas y la previsión de participar de su eterna felicidad. El pensamiento del hombre no ha concebido ni concebirá jamás idea más perfecta de la razón de su existencia, ni ha sabido ni sabrá expresarla de manera más precisa, verdadera y adecuada; por que en esas palabras, en la serie de los actos que comprende, se formula el proceso entero del hombre, como ser inteligente y libre, imagen y semejanza de su Hacedor, de lo finito y contingente á lo infinito y eternamente necesario, desde las cavernas del corazón y las tinieblas de la mente á los horizontes de la inmortalidad y al Sol de la Sabiduría, desde el mísero padecer al dichosísimo gozar, desde las prisiones del proscripto á la liberación del redimido, desde la tierra al cielo. ¿Cómo puede concretarse con mayor clarividencia é intrínseca propiedad la idea de la perfectibilidad del ser humano (individuo ó sociedad) durante su peregrinación ó tránsito sobre la superficie del planeta, y después, cuando alcance la consumación de su destino?

La presencia de Dios en el hombre y su finalidad consciente y meritoriamente activa de conocer la Verdad, amar la Justicia y poseer el Bien ha engendrado los sabios, ha formado los Santos y convertido en ángeles de caridad y beatífica hermosura al que, mirado con los ojos de la carne, es tan sólo polvo y escoria; el

alejamiento y olvido de Dios, por el contrario, ha rebajado al hombre hasta confundirle con el bruto, sometiéndole á las pasiones del instinto animal é identificándole con la materia. Ese eterno paralelismo de la elevación y mejoramiento ó caída y corrupción humana, en relación lógica y aun matemática con la noción de Dios y el reconocimiento de radicar en la observancia de su ley la perfección de la vida y la conquista de felicidad y descanso inacabable, es el hecho que abarca la historia; en él se comprende y por él se explican las monstruosidades del mundo pagano y las excelsitudes de la civilización cristiana; comparad á un Alejandro con un Francisco de Asís, á César con un Domingo de Guzmán, á Napoleón con Ignacio de Loyola, á los héroes de Salamina con los mártires del Circo y las catacumbas, á las falanges pérsica y macedónica y á las cohortes romanas con las legiones de los predicadores é imitadores de Cristo desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días: cotejad la ciencia del divino Platón, que, no obstante su numen celestial, dividía, cual es sabido, á los hombres en castas, una de los nacidos libres, otra de los engendrados en esclavitud, de Aristóteles y Pitágoras con la del Doctor de Aquino, el genio de Hipona y los Anselmos, Buenaventura, Atanasios, Leandros, Isidoros, Gregorios y Alejandros; escanciad vuestro ánimo con la arrobadora y vibrante elocuencia de los Cri-

sóstomos, Basilios, Leones y Teresas de Jesús y cotejadle con la de Demóstenes, Scévola, Cicerón, Hortensio y Graco: aquilatad el temple de alma de un Pericles, de un Catón y la prudencia de un Licurgo y de Solón y parangonadla con la sobrenatural grandeza de un Hernán-Cortés en la *triste noche*, que brilló como esplendoroso día para la Religión Católica y para España, ó de un Díaz de Vivar en la *famosa jura*, de un Pérez de Guzmán esmaltando con su propia sangre el pendón de la lealtad castellana, de un Conde de los *buenos fueros*, del Cantor de sus *querellas* y sabio ordenador de las Partidas, de un Cisneros, de un Mendoza, de una Reina, en fin, que vende sus propias joyas para cooperar, pues la guerra con el agareno había agotado el tesoro de la nación, á la extensión del imperio de la Cruz, triunfante ya en todos los dominios de León y Castilla, á las ignotas Indias Orientales. ¡Ah! Cuanto dista la expedición de los Argonautas ó la Odisea de Homero de la travesía en busca del Nuevo Mundo y la posesión de este por los héroes de la Araucana, tanta diferencia media de la alteza moral de los hombres que confundieron á Dios con la naturaleza ó, cuando más, levantaron su fantasía á creer en un *Dios desconocido*, á los predestinados para confesar, propagar y consolidar la fe del Dios Trino y Uno. La característica de la civilización y concepto de la personalidad paganos es

la constitución de la humanidad en dos castas; *esclavos* y *libres;* que, á pesar de llamarse así, vivían adscritos á la servidumbre de la materia; el principio fundamental de la civilización y del concepto de la personalidad crisnos es la representación de Dios en el hombre, y, por tanto, juntamente con la conciencia de su origen y de su destino, el atributo de la libertad, para realizar, en progresivo orden de perfeccionamiento, su fin.

Durante todo el siglo XIX ha repercutido en todas las Naciones, lo mismo en el estudio del filósofo que en la academia del literato, así en el laboratorio del físico como en la exposición del industrial y en el taller del obrero, en los palacios del potentado y en el tugurio de los mendigos, el grito «Guerra á Dios», vomitado por Proudhom, en su «*Sistema de las contradicciones económicas*»; y el resultado de haber tomado por divisa la «Nueva Civilización» esa *militante* blasfemia ¿será menester nos lo contemos á nosotros mismos, que somos de tamaña estupidez y furiosa locura, á la par, testigos presenciales y cruentas víctimas?

La Ciencia, abominando de ser teológica, ha acabado por restringir su esfera de acción al examen fenomenal de la materia, proclamando la incapacidad de la inteligencia para conocer la substancia y el por qué y el fin de su existencia: mas como inútilmente porfiará la mente del hombre por sustraerse á la expeculación

metafísica, bien pronto recurrió á la *mónada* de Kant y de Leibnitz para explicar, digo mal, para imaginar la creación, proceso inorgánico y tránsito al orgánico de la materia, considerando á esta como principio, fuerza y fin de sí misma (Büchner, Vacherot, Buckle, Drapper, Hartmann, y aunque con criterio que repugna la identidad de la naturaleza orgánica é inorgánica, Fügel, Zœllmer, Lange, Virchow, todos los que reprensentan con Litré, Häckel y Léwenthal las tendencias radical, ecléctica y crítica de la teoría de A. Compte) y dando lugar, en inducción necesaria, á la doctrina transformista de Dharwing de la selección de las especies, ya iniciada por Lamark, Saint-Hilaire, Saint-Vincent, Nandin y Ocken; en la que, acosado por el rigor lógico de Häckel, el verdadero propagador del transformismo, hubo de ampliar su hipótesis de la evolución progresiva de «*El origen de las especies,*» al «*Origen del hombre,*» asignándole en la «*Descendencia del hombre y de la selección sexual,*» el grado 22 y último de la escala zoológica, y señalándole por padres á unos monos, que vinieron acá, divorciados de los del otro mundo, de los que no se encuentra ejemplar ni para un remedio, porque aun cuando se les atribuye gran prolifidad y número ya no se estilan y parece ser que se han perdido: pero de los que, no obstante la carencia absoluta de muestras, se afirma de manera solemne y formal que «en época remotísima procedió el

hombre, maravilla y gloria del Universo.» Así, ni más ni menos: este es el nuevo Evangelio: y la Teología y la Metafísica y la Psicología se han convertido en Historia Natural; y concretamente cuanto al conocimiento del hombre concierne, en sí y con relación á la Naturaleza toda sensible y suprasensible, en unos principios de Zoología, Antropología ó Fisiología, únicos aspectos, en la actualidad, que juntamente con la Sociología, auxiliada por la Arqueología y las Ciencias naturales, exactas y físicas dan razón, á modo de moléculas, estambres, hilos, gérmenes ó círculos que se juntan, energías afines que se compenetran y contrarias que se diversifican, de cuanto vive y palpita en la conformación eterna é infinita del cosmos, único y todo el ser de que formamos parte y cuya actividad conocemos, consistiendo en este conocimiento experimental y en su desarrollo fisiológico el único fin de la existencia, lo mismo para el individuo que para la humanidad, como prototipo de la selección universal.(Darwing, Häckel, Burmeister, Jäger, Cotta, Clemencia Royer, (doctrina radical) Buckle, Draper, Bagheot (doctrina ecléctica con aplicación á la historia) Lyell, Lubbock, Tylor (aplicación á la Antropología) Wischner, Zaller (ecléctico-religiosa) y puramente de orientación ecléctico zoológica Wagner, Nägeli, Wigand Kölliker y principalmente Strauss en su libro «*La Antigua y la Nueva fe.*»)

Tal es el cuadro, *fin de siècle*, de la Filosofía; pero entiéndase que está convertida en escuela, no sólo teórica sino práctica, aquella lava de destrucción, que el mismo Proudhom, después de presentar á todo el mundo que trabaja como el único legítimo propietario y condenar al comercio intermediario, en su «*Exposición Universal*,» como el gran explotador industrial, arrojó sobre la haz de los pueblos, en su «*Filosofía de la miseria*,» corroyendo sus entrañas, y vociferando, cual si se gozara con placer de hiena en la perspectiva de la general ruína, encaramado sobre ella, «*Je suis anarchiste.*»

Sí; esa declaración de guerra, que flotaba como anatema de un loco á principios del siglo, es la expresión de la última evolución filosófica y revolucionaria, á la vez, en sus postrimerías: terrible legado que deja al que muy luego ha de venir; el Socialismo, el Anarquismo, el Nihilismo; las sectas masónicas, como enemigas de Dios y de la Autoridad; la Internacional y las *Trad's Unions*, con su cortejo de crímenes y de huelgas, como conjuración de las clases desheredadas contra Dios, contra la Autoridad y el Capital, atisbando todas juntas y persiguiendo con encono á la Iglesia católica, como la única fuerza que puede domarlas y ponerles freno; he ahí el abominable páramo á que ha descendido la ciencia y el *género de progreso* á que ha conducido al hombre y á la sociedad, al cerrarse el ciclo de la presente centuria. No en

balde, predijo nuestro P. Zevallos «ser la Falsa Filosofía crimen de Estado;» y aun puede por la prueba de sentido experimental, por lo que vemos y tocamos (pues que es lo único á que, según la moderna ciencia, podemos prestar asentimiento) calificársela crimen de lesa humanidad.

No hay que decir las consecuencias que semejante estado de conciencia y de lucha, erigida en ley biológica de la *bestia humana*, ha de haber motivado en el concepto y nueva construcción del Derecho y la Política: la Fuerza es el Dios que ha reemplazado al de la Teología Cristiana; el hombre es un animal que tiende fatalmente á su individual crecimiento, en contraposición con todos los otros animales y seres orgánicos é inorgánicos, que le rodean; por efecto de su necesario desarrollo y, estimulado por el instinto, resiste, en cuanto su fuerza alcanza ó destruye cuanto le estorba; esa colisión de fuerza es el orden de la vida humana, ni más ni menos que sienten y quieren y aborrecen y codician y se acosan y despedazan las fieras en la selva ó los peces en el fondo de los mares; aun es peor que la de estos su condición; porque no puede el hombre realizar su existencia disgregado de sus semejantes: el pacto, pues, ó el equilibrio dinámico producido por la energía preponderante, será la norma de orden social; y para asegurar la observancia de ese pacto y mantener esa energía dominante, de

que resulta el orden, interviene la *fuerza omnímoda* que se atribuye el Estado, gran *Deus ex machina*, en que quedan triturados los tan cacareados derechos del hombre, que mentirosos ideólogos definen todavía como absolutos en su ejercicio individual, enfrente de la sociedad organizada: (Fouillée, Helbert Spenzer, Yhering), la que mejor se debe ya decir, para hablar con propiedad, *bien armada;* porque las que carecen de potentes cañones Krupp, fortísimos acorazados, fronteras bien artilladas y todos los medios de hacer con ventaja la *guerra*, que, por el mero hecho de ser superior el organismo social que la ejerze respecto de aquel contra quien se lanza, es justa, según los cánones del flamante positivismo, ya saben por el *testimonio experimental* del despojo de España y por las máximas *seleccionistas* de Salisbury y los proyectos de Cumberland, cual es la suerte que les espera.

Materialismo, fatalismo, determinista; he ahí la ley social y personal de existencia, que ha sustituído á la acción providencial en la historia y al libre albedrío, para el perfeccionamiento humano, de la tesis cristiana.

La segunda proposición, pues, que ofrecimos probar, queda fuera de toda duda.

Asentemos la *conclusión* y deduzcamos las consecuencias prácticas.

III

Luego forzoso es *concluir*, como verdad evidente por criterio experimental, que el hombre y la sociedad, *fin de siècle*, han retrogradado á las mismas aberraciones del mundo pagano.

Parece que vivimos en plena antítesis con la idea cristiana, diremos discurriendo conforme á la serie lógica, á no dudarlo, ingeniosísima y muy hábil, de Hegel, para explicar el proceso histórico. Inició esa reacción la Enciclopedia, circuncidóla con la cuchilla de la guillotina, vertiendo arroyos de sangre, la Revolución; y hoy constituye el espíritu y la forma de la construcción filosófica, política, jurídica, económica y social en tales condiciones que, aun cuando no ha llegado todavía á la plenitud de su desarrollo, que indudablemente se avecina, domina ya en las ciencias, en la literatura, en las costumbres privadas y públicas, y, sobre todo, constituye el éter que flota en la atmósfera de las ideas en que se desarrolla la vida en todas las esferas de la actividad, inclinando con pesantez irresistible la voluntad, que marca el rumbo en el gran manómetro de la civilización, hacia un orden de cosas, que hoy no es

dable más que presentir muy vagamente; pero que, participando del mismo carácter, que el que se delineó en el siglo pasado é impera al final del actual, ha de diferenciarse, por razón de aumento y amplificación, tanto de este en la transformación del modo de ser humano, como se ha dilatado y aún aparentemente excedido el presente de los dos anteriores en el desarrollo y sistematización de la herencia intelectual y material que le fué dejada. El objetivo social es el mismo absolutamente; la constitución anticristiana; la esfera á que se extiende su acción ha ido sucesivamente ensanchándose, y en estos últimos años de una manera asombrosa, á compás del adelanto que sería pueril á más de insano é inmotivado desconocer, que se ha realizado, y día por día se sigue realizando, en las Ciencias naturales y físicas y en el arbitrio de mayores comodidades para la vida; al punto de que hoy ya resulta esta ordenada en términos que no cabe en los moldes al uso, y busca para todo un *cliché nuevo*. No hay, para juzgar debidamente la exactitud de esta apreciación, más que recorrer las rúbricas ó títulos de obras expuestas en los escaparates de la más modesta librería; observar como queda antiguo y abandonado en el mecanismo industrial lo que se inventó la semana anterior; de que modo cambia la fenomenalidad comercial y económica; á que extremo nos sorprende el aprisionamiento de las fuerzas de

la naturaleza, que nos permite convertir en artículos de uso doméstico el vapor, la electricidad, y en materia utilizable para el capricho de nuestro deleite la luz y la voz humana. Algo de esto mismo acontecía ya, especialmente desde el segundo tercio, en nuestro siglo; pero el movimiento avanza en progresión geométrica con respecto al curso natural del tiempo, y supuesta la velocidad adquirida, que será inicial para la generación inmediata, no es fácil calcular el coeficiente á que puede elevarse la energía de transformación en el perpetuamente inestable equilibrio social, que en los momentos actuales parece completamente perdido porque la humanidad, á fuerza de mirar á la tierra y de no elevar sus ojos á otras regiones que á las que alcanza, aunque vastísimas, pero siempre contenidas en el límite de lo sensible, el telescopio, se ha olvidado y aun ha renegado del cielo, quedando, *nuevo* Prometeo, encadenada á la materia, experimentando y sufriendo, cual *célula orgánica de la misma*, todas las contracciones y dilataciones de resistencia y espansión, latentes ó convulsivas, á que está aquella fatalmente sometida por la ley del Creador.

Pues qué, ¿no patentiza de la certeza de tal desconcierto ese como ruído sordo de inmensa rotativa de destrucción, ya impulsada por la servidumbre del trabajo, ya por la soberbia del capital y de la ambición de las Naciones, moviendo espantable guerra, que parece se siente

por todas partes y zumba en nuestro cerebro, cual si la lleváramos dentro de nosotros mismos, comprimiendo con angustias de muerte el corazón? ¡Qué importa tanta maravilla físico-química ó mecánica! De qué sirve y para qué aprovecha tanto cultivo y estudio en las ciencias naturales y exactas, si ¡oh desengaño cruel y patente! cada adelanto, al par que rebaja más y más, no ya á la brutalidad ridícula del *chimpancé*, sino á la absoluta inconsciencia de la célula con *núcleo*, al hombre, á pesar de llamársele «maravilla y gloria del Universo,» motiva inmediatamente mayores convulsiones sociales, extenuante exceso de consumo de energía física y acrecienta la fiebre, ya sobradamente intensa, en que gime el espíritu, postrado con la marca de la imbecilidad ó exaltado por horrible neurastenia? No me es posible invertir ni un momento en hacer, bajo este punto de vista, el análisis del estado social, aunque bien se comprende el palpitante interés que encierra; mas no puedo vencerme á pasar en silencio dos hechos, cuyo recuerdo asalta á mi imaginación. Es el uno el que aducen los modernos sociólogos positivistas, contándonos prodigios de la organización dada á las nacientes colonias de la Australia por los políticos ingleses, educados en la Escuela experimental, y que dicen, acreditan, á modo de ensayo, la felicidad de que disfrutará la humanidad, cuando triunfe el régimen positivista en to-

das las esferas de la evolución orgánica. A este hecho, que sólo significa la vida de un pueblo educado, es decir, domado y adiestrado para ser materia de producción, opondré la sentencia de Cristo *«no sólo de pan vive el hombre;»* agregando que las utopias de la Asociación convencional para la vida de los pueblos, ya, en los albores de esta Civilización á cuyo crecimiento asistimos, se encargaron de evidenciarlas Campanella, Morus, y, más recientemente, Owen y Fourier, sin que pueda contradecirlas el establecimiento, no de una sociedad natural positivista, sino de unas *factorías comerciales*, para fines *exclusivamente* de producción económica; lo que da, por sí mismo, para quien conserve un adarme siquiera de sentido moral, la medida de bondad que debe asignárseles y el criterio como deben ser juzgadas.

Ese hecho, aun concediendo que así deba considerarse, carece, en absoluto, de valor. No acontece así con este otro verdadero hecho, que nadie osará negar: el rápido crecimiento del Socialismo y las tendencias radicales y anarquistas á que hemos llegado, al punto de que dificultan la vida pública y privada, no obstante los esfuerzos que en la Cátedra, por la política gubernamental y por la nueva orientación económica ideada, para el trabajo y el capital, entre otros, por Stuart Mill, Leroy Beaulliere y singularmente Acquile Loria, se han desplegado, para encauzarla y atraerla, ya

que no reducirla, á condiciones de armisticio y de concordia. Todo menos que esto: muy al contrario; Bákounine, Löwentall y Lassalle triunfan en toda la línea: y, en verdad, que no me dejará mentir el testimonio del Príncipe de Gales en su «*Estudio de las Asociaciones Obreras*» de Inglaterra, la meritísima labor del cardenal Gibbon en los Estados Unidos para quitar la tea incendiaria y convertir en mesnada católica la institución de los «Caballeros del Trabajo,» la hermosísima Encíclica del sapientísimo León XIII sobre las relaciones del capital y el trabajo «*De conditione opificum,*» las reformas introducidas en la legislación de todos los países (muy escasamente en el nuestro) y leyes nuevas dictadas, reglamentando el trabajo de hombres, mujeres y niños, normalizando el salario, sometiendo á arbitraje la resolución de las huelgas, creando y sistematizando Cajas de auxilio etc.; y ese estupor que produce la consideración del *problema social* en todos los hombres de gobierno, así como las llamaradas de regicidios, asesinatos, abortadas maquinaciones y tremendas conjuras, cual las de New-Jersey en América y la de la «Mano Negra» en nuestra España, (1) que hace brotar

(1) En estos mismos instantes aparece nuevamente organizada la clase trabajadora en Jerez, sumando más de 18.000 hasta el día (24 de Octubre), en el espacio de un mes, los obreros inscriptos, y habiendo ya

á la superficie todo el fuego que mina las entrañas de la sociedad, y que, derritiendo las alas del nuevo Ícaro, *Materialismo-Positivismo-Dharwinismo,* y rodeando todo su cuerpo, le hará caer convertido en pavesas; enviándonos luego la Providencia de Dios las brisas bienhechoras que avienten sus cenizas y refresquen y vivifiquen nuestra alma.

He ahí indicado el venturoso día hacia el que debemos adelantarnos y cuya acción bienhechora debemos preparar; por cuanto que retrogradados, cual lo están, la sociedad y el hombre á las aberraciones del mundo pagano y, aun excediéndolas, acerca de lo que no puede quedar duda, *se impone,* como consecuencia necesaria, *una vigorosa reacción á favor del Reino de Dios y su Justicia, que dé por resultado la dignificación humana, la defensa de la sociedad, según el orden cristiano, y la restauración de todas las cosas en Cristo.*

Asentar, á modo de corolario, esta última proposición ha sido el objetivo del plan de este discurso; exponer á manera de módulos, los medios de convertirla en regla utilizable de

ofrecido potente muestra de voluntad con la huelga de gasistas, arrumbadores y toneleros que á la sazón, lleva, sin haberse resuelto, cuatro semanas de duración, cabalmente en el tiempo de vendimia y principios de la exportación de Otoño; es decir, en el tiempo crítico de la recolección y de las expediciones, principalmente á los mercados de América.

conducta, para obtener los fines enunciados en ella, ha de ser la conclusión práctica del mismo.

Concededme Emmos., Excmos. y Reverendísimos Sres. y auditorio respetabilísimo un instante más vuestra atención, y muy luego dejaré de cansaros, bien que guardando en mi alma profunda é indeleble gratitud por vuestra inmerecida benevolencia.

Conclusión práctica.

Es seguro que no ha de haber pasado desapercibido á vuestra ilustración que, al reseñar el movimiento científico de nuestro siglo, no he pronunciado siquiera el nombre de Víctor Cousín ni de su Escuela, en cualquiera de los dos grupos que la forman; y permítome creer que me habréis hecho la justicia de opinar no ha de haber sido casual ó fuera de propósito tal omisión. Muy al contrario; aunque educado en las aulas universitarias en las doctrinas de ese filósofo, que bien pudiera calificarse el *metafísico de la política gubernamental* usada en Europa desde el imperialismo orleánico hasta nuestros días, pienso acerca de ellas y de su eficacia actual de acuerdo con el concepto que merecen al esclarecido juicio de nuestro llorado Cardenal Fr. Zeferino González; el cual se expresa así, al criticarla en su preciosa «*Historia de la Filosofía* (Tomo IV.—Pág. 193)» Por lo demás, este descrédito (el que, á pesar del apoyo oficial y el mérito de los discípulos que la propagaban, sufría ya la teoría ecléctica

racionalista-panteísta) es muy natural y lógico. La fuerza de las cosas y el movimiento de la historia han traído los espíritus á punto de que ya no son posibles (nótese bien el rigor del sentido crítico de un escritor tan templado é imparcial en todo, como cumple á un excelente Tomista) *más que ó las grandes afirmaciones del espíritu católico ó las grandes negaciones del positivismo materialista.*» Y después de formular esta admirable definición sintética, que hace ostensible el vuelo de la inteligencia del ilustre dominico, continúa completando la idea del valor de la filosofía cousiniana en estas palabras: «El Espiritualismo racionalista de Cousín y de su escuela, al colocarse entre estas dos grandes y fundamentales concepciones, al buscar una situación intermedia y equidistante..... se condenó por el mismo hecho á desaparecer de la escena filosófica.» Los hechos han convertido en realidad esa profecía, porque ya ni aun en los gabinetes políticos de las grandes naciones se *toma el pulso*, ni se medicina, á la opinión por los procedimientos *caseros* de ese *modus vivendi* teórico gubernamental; eso queda aun vigente no más que en nuestra España; mas como todos reconocen su sinrazón, inutilidad é injusticia, claro es que, pensando seriamente, cual exige esta reunión y este acto en este sitio, natural es haber de tal componenda, mal llamada sistema, prescindido.

¿Querrá ello decir que debamos abroquelar-

nos con las primorosamente cinceladas armaduras de la tradición teológico-científica y político-religiosa, de perfecto ajuste, y empuñar las armas de finísimo bruñido correspondientes á la época en que aquella impera, confiando á su hábil manejo y á nuestro varonil ardimiento el reñir expertamente el combate y conseguir la victoria? ¡Ah! No: forzoso es reconocerlo; hicieron bien en su tiempo, en cuanto que recrearon la imaginación y satisficieron á la conciencia católica, dando poderoso testimonio del vigor de su creencia, los De Maistre, Lammenais, antes de su caída, Bonald y sus discípulos, Bautain, Donoso Cortés, Augusto Nicolás, (no cito á Chateaubriand por estimarle más espiritualista ecléctico que tradicionalista cristiano); pero considerado el valor transcendente de la labor, en sí misma apreciabilísima, de escritores tan ilustres, únicamente aprovecharon para prestar calor á la lucha política; pues por lo que respecta al movimiento científico y social, ni aun siquiera han constituído un parapeto, en que detuviera su carrera la Revolución, que canta hoy victoria en toda la línea. (Balmes merece una consideración especial; por lo mismo no se cita, en razón de ser más filósofo que político.) Es menester no hacerse ilusiones. Si con campeones tan aguerridos y de verdadero genio tal ha acontecido, cuando el enemigo ocupaba posiciones mucho más reducidas, contaba menor número de adictos y dispo-

nía de medios muy inferiores de combate, como que se hallaba reclutando fuerzas y organizándose, ¿qué habría de acontecer ahora, qué ventaja, ni aun siquiera actitud de verdadera defensa, constituirá hoy, insistir en aquellos atrincheramientos, mantenerse en las mismas líneas de combate, usar la misma táctica y servirse de las mismas armas, cuando hasta, por desgracia y para escarmiento, cuenta hoy la fortaleza amada, bellísima, escultural, bendita y sacrosanta de la tradición con muchos menos leales servidores, que la defiendan?

Hay que mantener la bandera de esa tradición; si; pero de la verdadera tradición católica, no política; ó sea la que profesa el principio del *progreso providencial cristiano;* esa bandera no está en manos de ningún partido, ni de ninguna personalidad meramente política, eclesiástica ó civil, por alta que sea; tiénela enarbolada hoy como siempre, por derecho divino y humano, la Iglesia, á cuya cabeza, el Pontífice, tócale ondearla y señalar el torreón en que ha de clavarse el mástil, el campo de acción en que deba reclutarse la hueste que bajo los pliegues del pabellón se acoja, dispuesta á dar la vida por mantenerlo, y la táctica y las armas que han de adoptarse para la lucha. Eso es lo enseñado por León XIII principalmente en su admirable Encíclica de la «Constitución Cristiana de los Estados;» eso es lo que han practicado y practican los católicos de Inglaterra bajo la direc-

ción del inolvidable Cardenal Maning, los Norte-americanos dóciles á la sabia prudencia de Mons Gibbon, los Alemanes regidos por Mons Ketteller, los Franceses, los Belgas, los Italianos, sumisos á la voz del Papa; y eso exactamente, hay que hacer con todas las fuerzas del corazón y de la mente justicia á la verdad y proclamarlo muy alto, eso, exactamente eso y ni más ni menos que eso, enseñó en Coria, aleccionó en Málaga, y ha enseñado, enseña y enseñará siempre, como hijo fervientísimo de la Iglesia, como Pastor que gobierna rectamente y ha de dar buena cuenta á Dios de la dirección de su rebaño, como español que sabe sentir y comprende bien el verdadero Patriotismo, como varón que es de reconocida probidad y grandes virtudes, mi amado y preclarísimo Arzobispo de Sevilla Sr. Don Marcelo Spínola, de cuya fidelidad á la disciplina más estricta, en todos sus aspectos y esferas, no se si habrá alguien que haya osado dudar, pero, caso de que tal hubiese, sepa, yo lo aseguro por el conocimiento cierto que de ello tengo, que de medio á medio se equivoca.

Y no digo más: trabajar sí; trabajar tomando por Credo el *Syllabus* y por norma de proceder la trazada por el Pontífice; cooperando á la realización de sus providenciales propósitos, unidos con los Obispos como él tiene mandado. Trabajar mucho en la cátedra, en el libro, en la prensa, en la política. Ser fieles ob-

servantes de la Ley de Dios y de la Iglesia. Coordinar uniformemente á la norma cristiana la vida privada y pública. Respetar los poderes constituídos, legítimos ó legitimados por el asentimiento explícito ó implícito, en aras de la paz, de la Nación, lo que es deber elemental de todo buen católico y ciudadano; y confiar á la catolización de la ciencia, de la tribuna, de la escuela, del taller y de la familia, la restauración política. Esa es la conducta que deben observar los católicos, y especialmente los católicos españoles. He ahí expuestos claramente y con absoluta sinceridad la concepción de sentido práctico que yo considero adecuada para llegar al logro de los fines propuestos, realizándose la dignificación de la personalidad humana, la defensa social y la restauración cristiana de los Estados.

Así, el heraldo de la civilización hará descollar de nuevo el lábaro de la Cruz, en que consta proclamado á todos los vientos el poder de la Fe con el lema «*Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat:* y harmonizado ese poder con el de la Razón, don divino otorgado al hombre para labrar su eterna ventura, en vez de sucumbir en las borrascas de la vida, podremos presenciar con nuestros mismos ojos el hecho universal de todos los tiempos, atestiguado por la conservación del Universo y revelado al Apóstol de los Gentiles: «*En el nombre de Jesús se prosterna toda rodilla*

en las Generaciones Celestiales, en el Averno y sobre la redondez entera de la Tierra.»

He dicho.

FRANCISCO DE CASSO.

Sevilla 28 de Agosto de 1899.




colorchecker CLASSIC
calibrite
mm